



## La sensación de las piernas

O visito cementerios. Prefiero las bibliotecas... Sin embargo, por culpa de los amigos que se van y me dejan, frequento la Chacarita. La semana pasada fui tres veces. Y las tres veces encontré un caballero que me sugestionó. Iba de luto. Caminaba despacio. Arrastraba los pies. Y, las tres veces, lo vi llevando un ramito de flores.

—¿Serán para la madre? O para la novia. Tal vez para una hija...

Me intrigó. Ayer, le encontré nuevamente. Tenía en los ojos la irónica melancolía de los hombres feos, que se enamoran de una mujer hermosa. Al ver que yo, con mi insolencia natural de pillete, le examinaba el corazón por encima del traje, se detuvo. Me habló con suavidad:

—Tiene usted, caballero, algo que reprocharme?

—No. Pero usted me interesa. Presiento un drama en su melancolía.

—Drama?... ¡Oh, sí! Comprendo. Mis piernas!

—Mis piernas?

—Sí. Estas piernas que llevo, son de cauchú y madera. Las otras, las de carne y hueso, me las tronchó un ferrocarril. Ese es mi único drama...

Comprendí. Luego dije, para consolarle:

—Las de madera le han de servir lo mismo.

—Sí. Lo mismo... Pero, lo que estas piernas no pueden darme, es "la sensación de que tengo piernas". Eso es lo horrible. Lo espantoso... Yo camino y trabajo con ellas. No observo la menor diferencia. Pero, lo que estas piernas no me darán nunca, jamás, es la "sensación que me daban las piernas que

perdí". ¡No me entiende? Sólo pueden entenderme los que llevan, cual yo, piernas de madera y de goma...

—Y cómo se las cortaron?

—Me recogieron de la vía. Me llevaron al hospital y, allí, antes de volver de mi desmayo, los médicos, para evitar la gangrena, me amputaron las dos. Cuando me desperté, sentí como si mis pies hubieran perdido "la memoria". Experimenté como un vacío. Levanté las cobijas y me encontré sin piernas. ¡Horror! Colóquese, caballero, en igual caso. Mírese las piernas. ¡No las tiene! No tiembla. Yo sí. Tiemblo. Lloro. Sufrro... Cuando me acuesto, siento que me falta la voluptuosidad de quitarme los botines y las medias. Cuando me levanto, quisiera golpear el piso con los pies. Camino y quisiera sentir la atracción del suelo. Vivo en el aire. Cuando quiero sentarme y fumar, desearía cruzar las piernas y sentir el roce tibio de una pierna con otra. Pero, nada... ¡Y sufro!

\*\*\*

El hombre emmudeció. Sentí pena.

—Cambiemos de conversación, caballero.

—Con gusto, amigo mío.

—Y ese ramito de flores que trae usted siempre al cementerio? Será para la tumba de algún hijo. Para su esposa? ¡Para su pobre vieja?

—No, señor—me respondió con un tonquido. —Estas flores son para mis piernas. Aquí las enterré...

Agapito CANDILEJA.

Dib. de Hohmann.